

Álvaro García, Seisdedos

In memoriam de Rúa

seisdedos79@gmail.com

Colección: Clásicos mínimos, Galeatus
Fecha de Publicación: 20/02/2019 y 12/03/2019
Número de páginas: 3
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

UNA VISITA Y UN RECUERDO



Álvaro García

26 de octubre 2018, a las 13:55 ·

<http://seisedos-ilustracion.com/>

Cuando yo era adolescente, unos tristes estalinistas con la barriga llena de cerveza y choto al ajillo pretendieron convencerme de que José Luis García Rúa se había pasado la postguerra empuñando un crucifijo e intentando evangelizar a los mineros asturianos. Ni en el momento más profundo de su derrota histórica se olvidaban de calumniar a un adversario político que les sacaba muchas cabezas de estatura, física y moral. Así consiguieron apartarme para siempre de sus tristes y mortecinas organizaciones, cosa que aún hoy les agradezco.

Ayer busqué y encontré, en el claustro de la Universidad de Salamanca, el «Vitor» que pintó García Rúa en 1955 al terminar sus estudios de filosofía.

Rúa fue hijo de Emilio García, obrero de la construcción y dirigente de la CNT y el POUM en Gijón. Emilio había sobrevivido a la represión de la revolución de Asturias, y murió en los primeros combates de la guerra civil, defendiendo su ciudad del avance fascista. José Luis contó en alguna ocasión cómo, siendo un niño, le llevaron al local del sindicato para ver el cadáver. Los endurecidos compañeros de su padre no le dieron el pésame: le hablaron únicamente de venganza.

Tras la guerra, José Luis tuvo que bajar a la mina para sostener a su familia. Salía del pozo, a veces ya de noche, y se ponía a estudiar a la luz de las velas o de un quinqué apestoso. Así obtuvo el título de bachiller, y lo hizo con la máxima calificación. En cumplimiento de su propia ley, los vencedores de la guerra no tuvieron más remedio que becar a este hijo de un rojo, que empezaba ya a mostrar unas peligrosas inclinaciones rebeldes. Así llegó José Luis García Rúa a la Universidad de Salamanca, la misma en la que pocos años antes el venerable Unamuno había comprendido, demasiado tarde, a qué clase de alimañas les había reído las gracias. Aquí conoció y se hizo amigo de otros grandes como Agustín García Calvo. No me cuesta imaginarlos discutiendo de lo divino y de lo humano, deambulando por una Salamanca católica y falangista, mal alimentados y ateridos por el frío de postguerra, pero animados por el fuego de la juventud y el amor al conocimiento.



Rúa terminó siendo profesor de filosofía en esta misma Universidad, de la que fue expulsado, como después lo fue de la de Oviedo, por su actividad política, hasta recalar en Granada, que fue donde muchos le conocimos como profesor y militante anarquista.

Cuando José Luis inscribió su «Vitor» en estos muros estaba, en muchos sentidos, vengando a su padre. Con el pretexto de esta tradición medieval, estaba también afirmando una victoria de clase llevada al mismo corazón del territorio enemigo, la victoria del hijo del albañil rojo que se puso en pie entre la mina y los libros y terminó siendo catedrático de filosofía.

García Rúa fue un hombre recio y entrañable, cuya inteligencia y terquedad sólo estaban a la altura de su increíble sectarismo. Permaneció fiel hasta la muerte a la clase trabajadora de la que había salido y a la que él consideraba su organización legítima, la CNT.

Ayer en Salamanca recordé emocionado el cariño con que me honró, y también las muchas broncas y desacuerdos que con él tuve.

¡Salud, Rúa!

